Querida mamá,

No le busques justificación compleja a esta carta, demostrarle amor a la mujer que me dio la vida debería ser lo más común que pudiera hacer, cosa que sé muy bien últimamente no hago tan seguido. Pero nunca es tarde para agradecerte todo lo que hiciste, y todo lo que sigues haciendo por mí.

No te imaginas lo mucho que aprecio y valoro el hecho de que Dios te haya puesto en el cargo de mi madre, que te haya elegido para que fueses mi guía y luz en todos los caminos que he recorrido. Quizás no soy el mejor demostrándolo, pero el cariño que tengo por ti es infinitamente único, madre mía.

No existen las palabras suficientes que lo describan, pero tan solo por hoy, unas dos palabras deberán aportar todo lo que siento por ti, ¡Te amo! Te amo mucho, mamá, nunca lo olvides, por más que pasemos días sin hablar o vernos, el amor siempre será el mismo, o incluso mayor al del pasado. Es que quiero aprovechar cada día que te tenga en mi vida para recordártelo.

Con mucho más que decir, me despido, no sin antes proponerte que salgamos el sábado a almorzar juntos. Pasaré por ti a las 11 de la mañana, te llevaré a comer tu comida favorita.

Un beso,

Glenda.